



# ALEC NOVE: UN SOCIALISMO DIFERENTE

*Carmen CLAUDIN*

**Y**a en su libro *La economía del socialismo factible*, publicado por primera vez en 1983 en Londres (1), Alec Nove subraya, como en la ponencia aquí presentada (*¿Tiene futuro el socialismo en Occidente?*), que su intento es hacer para el socialismo lo que un abogado para su cliente: defenderlo lo mejor posible sin creer necesariamente en su inocencia. Es evidente, sin embargo, que resulta mucho más fácil defender al cliente si se cree en ésta. Y la inocencia aquí, tal como lo expone Nove, hay que entenderla como factibilidad diferente o como diferencia factible, es decir, es posible una «tercera vía»; es factible, en Occidente, un socialismo diferente.

Es interesante observar cómo, entre el libro de 1983 y el presente texto, se desplaza el acento en la argumentación de Alec Nove. En el

---

(1) *La economía del socialismo factible*. Editorial Pablo Iglesias. Madrid, 1987



primero intenta demostrar, en última instancia, que el mercado es compatible con el socialismo y que su combinación es deseable para que el socialismo sea factible; en el segundo, que el socialismo es compatible con el mercado y que su combinación es factible para que el mercado sea deseable. Entre los dos, el fracaso de la *perestroika*, que Nove presenta como un intento de tercera vía, el derrumbamiento del sistema soviético y la evolución que han seguido las sociedades sometidas a éste, todo ello sumado a la crisis de identidad en la que la caída del sistema soviético parece arrasar incluso a aquellas fuerzas de izquierda, como los socialistas y socialdemócratas europeos, que lo han rechazado hace tiempo.

Pero si bien, tanto en un texto como en otro, se aprecia claramente la enorme distancia que separa la concepción de Nove de la realidad del modelo soviético, el propio autor reconoce que todos los ejemplos que da de un socialismo factible no son, en el fondo, sino planteamientos del reformismo socialdemócrata, defensor del Estado del bienestar, cuyo mejor exponente es el caso sueco. No se trata, pues, como lo subraya Alec Nove, de una alternativa fundamental al sistema existente. Parece hacer en esta conclusión una cierta nostalgia de que no pueda ser más que esto, porque —añade— «cualquier cosa más» no conseguiría el respaldo del electorado, una de las condiciones para que el socialismo propuesto sea socialista y sea factible. Al menos que, añade Alec Nove, se produzca un hundimiento del alcance del 29 o desastres ambientales de envergadura.

Pero resulta que, en estos dos aspectos, los que están servidos son precisamente los pueblos que salen de la experiencia del «socialismo real». Para ellos, la alternativa está clara, ya existe en Occidente, no hay nada que *inventar*: no quieren seguir siendo por más tiempo el objeto de un experimento que ha contribuido a forjar falsas ilusiones en otras partes del mundo. Y no se ve por qué los pueblos europeos occidentales —que son de los que viven mejor en el mundo— querrían escoger un sistema «realmente alternativo» pero absolutamente indefinido, como el propio Nove explica en su libro, cuando el único que haya existido en tanto que tal ha dado los resultados ahora conocidos y, sobre todo, reconocidos en toda su magnitud. En esta óptica, la cuestión de la alternativa fundamental parece remitir más, como lo sugiere en algún momento Alec Nove, al tipo de civilización industrial en el que izquierda y derecha se han reconocido tradicionalmente.

La cuestión de la alternativa, tal como la plantea Alec Nove y que ha dominado en el pensamiento de la izquierda en general, no sólo la marxista, está subordinada a la noción de sistema y de ruptura; el socialismo sería, tendría que ser, un sistema alternativo que rompa con el existente, el sistema capitalista. Y la ruptura sistémica fundamental de esta nueva organización social es la abolición —a corto o largo plazo— de la propiedad privada de los medios de producción y de las



relaciones de mercado. Planteado así, el sistema soviético, efectivamente, ha sido el único sistema alternativo en el mundo. Y no por ello ha sido mejor ni más deseable. Si no hay mercado, sólo queda la planificación centralizada que los pueblos del Este europeo han padecido durante decenios, cuya factura deberán pagar durante muchos otros y cuyos efectos perversos Alec Nove y otros economistas ya habían descrito mucho antes de la *perestroika*. Desde este punto de vista de la alternativa radical, cualquier otro planteamiento que, como el de Alec Nove, admita la necesidad de las relaciones de mercado, incluso subordinadas a la acción del Estado, se queda pues en el marco del sistema existente y lo que propone es una variante de éste, la mejor posible y siempre mejorable, como podría ser la sueca. De ahí que, en su defensa del socialismo, Alec Nove se encuentra defendiendo el Estado (aquél que debía extinguirse, ¿recuerdan?), el sector público, la democracia participativa, etc., remitiéndose no a modelos alternativos por alcanzar sino a prácticas ya probadas y evaluables. Y, a la vista de la experiencia vivida, no hay por qué sentir que sea así. Como apuntaba Paolo Flores d'Arcais, «el derrumbamiento de los comunistas no hace de Occidente el mejor de los mundos posibles, pero lo reconoce como tal, precisamente y sólo porque es mejorable. Por tanto, re-formar lo existente es un deber actual e inagotable y la *ratio essendi* específica de la izquierda».

En el fondo, la preocupación que se encuentra en la base del texto de Alec Nove son los planteamientos políticos y económicos que dominan la evolución de las sociedades salidas del sistema soviético y que se concentran fundamentalmente en un rechazo, a veces casi visceral, del papel del Estado, muy particularmente en la economía. Por razonables que sean el análisis de Nove y otros análogos, el peso de la experiencia vivida en el llamado «socialismo real» o «socialismo realmente existente» lastrará durante tiempo los valores comunes que la tradición comunista y la socialista han compartido aunque de modo distinto. Y, por empezar, la idea misma de socialismo queda hipotecada con el nombre. Resultará muy difícil convencer a los ciudadanos del Este que lo que han vivido no es socialismo y que puede haber un socialismo, entendido como sistema, que no sería como el que han vivido.

En este sentido, es interesante observar que las expresiones «socialismo real» o «socialismo realmente existente», han sido acuñadas en Occidente y aceptadas por la izquierda occidental para designar lo que para la gente de allí era simplemente socialismo. Hay una terrible ambigüedad en estas expresiones, terrible por el precio humano que recubre y por la responsabilidad que hace recaer sobre la izquierda en el mundo, sobre todo la europea. En la combinación de sus términos, no se sabe cuál relativiza qué: si «socialismo» lo «realmente existente» para que esa realidad se vea *malgré tout* como socialista en algo, o lo «realmente existente» el socialismo para que no parezca que esa realidad agota todo lo socialista.



Pero, en cualquier caso, no por nada se le ha llamado así y su apariencia de factibilidad (apariencia que, para la gran mayoría, sólo ahora es vista como tal) ha sido precisamente un poderoso factor de legitimidad. No era sólo un compromiso semántico para ahorrarse entrar cada vez en el debate teórico de cómo designar «eso» (Estado obrero degenerado, capitalismo de Estado, etc.). Había allí, en esa parte del mundo, algo que «existía realmente», o sea, que «funcionaba» y que funcionaba como modelo de sistema social alternativo, y su vertiginosa caída en pocos años no debe hacernos olvidar que ese algo ha sido «factible» durante tres cuartos de siglo. Muy probablemente, la autopresentación como socialista por parte de este sistema no hubiera resultado suficiente, por sí sola, para convencer a tantos millones de personas en el mundo, de no haber sido por esa prueba de factibilidad que se medía en tiempo y en poder.

Es palpable la irritación que despierta en la izquierda occidental las ideas y actitudes que dominan entre los nuevos dirigentes del Este europeo; aquellas les parecen a éstos ingenuas y simplistas, cuando no puramente retrógradas. Y, en muchos aspectos, así es, aunque tampoco ello basta para descalificarlas de entrada. Pero lo que, en última instancia, molesta profundamente a la izquierda occidental es comprobar el total escepticismo de los ciudadanos del «socialismo real» frente a la posibilidad de una «tercera vía» y el hecho de no encontrar un *lenguaje común* con ellos. Ambos fenómenos han de ser analizados muy atentamente por la izquierda europea y me parece que, en estos momentos, más bien en un sentido autocrítico que crítico. Y, desde el punto de vista de la definición política del socialismo europeo, más preocupante y significativo es la recuperación sistemática del término «socialista» por parte de los antiguos funcionarios del régimen anterior para asegurarse una nueva identidad y conseguir su reconocimiento internacional. Sea como sea, es importantísimo para la izquierda europea occidental saber *escuchar* a la «otra Europa», por su propio interés y para que, al menos, esa trágica experiencia no haya sido por nada. Es lo que Václav Havel repite incansablemente y, creo yo, con toda razón. Como recientemente, con la perspectiva inminente de ver su país autodividido: «He afirmado en numerosas ocasiones que los decenios del sistema totalitarios no significaban sólo años perdidos de nuestra vida, sino también una experiencia espiritual específica que puede ser aprovechada, que puede ser estudiada y que puede enriquecer el autoconocimiento humano. No creo que nosotros tengamos que ser siempre los que pidan ayuda al mundo desarrollado, sino que tendríamos que poder ser también capaces de ofrecer al mundo algo específico. (...) No sé por qué debería ser así. Pero, al mismo tiempo, tampoco sé por qué deberíamos descartar categóricamente y de antemano semejante posibilidad».